

ACLARANDO Y PUNTUALIZANDO

Landeia (1966 Abendua)



Intención general del Apostolado de la Oración para el pasado mes de Diciembre: "Que los gobernantes de los pueblos no fomenten el espíritu del nacionalismo". Aprobada y bendecida por S.S. Paulo VI Y divulgada en Euzkadi (con algunas variantes) por diversas publicaciones.

Con esta ocasión, la revista "El Mensajero del Corazón de Jesús", que se publica en Bilbao, ha difundido un artículo del P. Arrizabalaga que reproducimos in extenso. Título "Falso Nacionalismo".

La palabra "nacionalismo" no tiene, en sí misma, un significado peyorativo. Originariamente, al menos en un plan calificativo, equivale a patriotismo. Pero con triste razón se ha ido cargando en estos últimos tiempos, de mal sentido, por culpa de las graves desviaciones que de su abuso se han

seguido, desviaciones que han reportado a la humanidad catástrofes bélicas cuyo recuerdo aún nos estremece.

A este mal sentido de la palabra "nacionalismo" quiere aludir la presente intención pontificia, advertida de que el peligro sigue todavía latente, incluso en no pocos sectores del cristianismo.

"Nacionalismo" significa aquí, ni más ni menos, una actitud de resistencia a la natural evolución de los pueblos que tienden a unirse, una postura de gérmetismo frente a la urgencia de una integración de esos pueblos en organismos supranacionales.

Esta intención no pretende condenar, claro está, ni el amor ni la defensa de las particularidades étnicas, de los legítimos derechos de los pueblos, amor que perdura, más sano y fuerte que nunca precisamente en su natural tendencia a unirse a otros. Porque toda integración bien realizada debe hacerse sin destruir las células vivas de los pueblos, las pequeñas comunidades, las lenguas, culturas y costumbres vernáculas, (...)

El error inicial, que ha prevalecido hasta nuestro días, radicaba en confundir la unidad con la unicidad: se iba en contra de las particularidades, de la personalidad inalienable de los pueblos que se trataba de agrupar. En lugar de unir, se amasaba a los pueblos; pero, de una manera inevitable, a medida que esos grupos humanos se consolidaban en la conciencia de su ser, de su evolución, de su propia personalidad, brotaba, dentro de la masa del artificial conjunto, un nacionalismo cada vez más exacerbado.

La pertenencia al mismo suelo, la posesión de un mismo idioma, una misma cultura y, más todavía, una misma historia vivida en común, con sus sufrimientos y alegrías, son cosas que tienden fuertes lazos de unidad sobre los grupos humanos, fundan derechos sagrados e innegables, y les diferencian netamente de otros grupos.

(...) El verdadero universalismo, lejos de exigir tales renunciaciones, se funda sobre la diversidad y el diálogo entre los pueblos; faltando lo cual, inevitablemente se oscila entre una unidad artificial, impuesta frecuentemente por la fuerza, y la dispersión no menos artificial que provoca la fatal ruptura. Ambos extremos, tan antinatural el uno como el otro, son nacionalismo, entendido exactamente como la condena esta intención.

Han sido necesarias dos guerras mundiales para que los hombres se hayan dado cuenta del peligro. La Iglesia no ha cesado de advertirnos de ello. Desde su elección al pontificado, el Papa Pío XII, sacando las conclusiones de una trágica experiencia, denunciaba el "nacionalismo exagerado" como causa de conflictos económicos y origen de la guerra. De 1939 a 1945, Pío XII siguió recordando las mismas verdades y preocupándose de hacer surgir, jurídica y teológicamente, un auténtico orden internacional que acoja, con el más exquisito respeto, sin imponer en modo alguno la artificiosa norma de la uniformidad, a todos los grupos humanos diferenciados en el mundo. Juan XXIII, en su encíclica *Pacem in terris*, condensó las ansias del mundo entero. En fin, el Concilio Vaticano II, afrontando todos los problemas que plantea la humanidad de hoy, ha enfocado con una luz nueva la cuestión de los derechos, la guerra justa, la legítima defensa, la personalidad de los pueblos, el uso de las armas nucleares, y también los deberes de quienes asumen la inmensa responsabilidad de gobernar a los pueblos.

Hoy, mediante la intención que tratamos de comentar, se recuerda estos graves deberes, uno de los cuales, tal vez los más importantes, consiste en educar a los ciudadanos en un amor universal, sofocando el exagerado nacionalismo. Enseñar a amar a la propia patria, pero sin limitar egoístamente ese amor a las fronteras patrias, abrirse a un diálogo, a una sincera comprensión de los problemas de los otros pueblos, prestarse a una colaboración leal, he aquí los cauces que los gobernantes deben abrir, para que el auténtico patriotismo se desarrolle sin desviarse hacia esa peligrosa exageración, que es el nacionalismo.

"Tal vez hoy, aparte de su lealtad, de su fidelidad a la representación popular que debe siempre respaldarles, no tengan los gobernantes deber tan perentorio como el de educar a sus ciudadanos. Educarlos en el amor, en el respeto a los que una diferenciación guiada por Dios ha hecho que resultaran distintos a nosotros. Iniciar a los ciudadanos en el respeto hacia la personalidad de los diferentes grupos, de dentro y de fuera de las unidades establecidas, en el diálogo, en la alegría de ver que todas las comunidades humanas con la riqueza de sus particularidades, la variedad de sus lenguas y costumbres, se abren los unos a los otros en un amor unificante, que nada tiene que ver con esa unificación cerrada que pretende el nacionalismo certeramente denunciado por la presente intención pontificia",

No nos sorprende la preocupación que aquellas líneas traducen. En efecto, los "gobernantes" observan una actitud que no concuerda precisamente, que digamos, con los precedentes principios. Empezando por los gobernantes de la propia Iglesia, que los contradicen constantemente, de palabra y de hecho.

Creemos de todos modos que el citado artículo está pidiendo un complemento, que lo daremos brevemente reproduciendo el comentario que, hace ya dos años, publicó LAN-DEIA con ocasión del Mensaje de Navidad de S.S, Paulo VI, de cuya actualidad no cabe la menor duda.

Los principios que Juan XXIII dejó formulados en sus memorables encíclicas se han visto confirmados con la mayor claridad por su sucesor en su reciente mensaje referente al nacionalismo.

No diremos que estos principios sean una revolucionaria novedad. Para nosotros, trabajadores, que vemos en el internacionalismo proletario, en la unión internacional de los trabajadores, el camino que deberá tomar necesariamente la fraternidad universal de las naciones, éstos principios dejan además muchas cuestiones sin definir ni resolver. Pero, tal como son, constituyen un avance incuestionable en la doctrina católica.

La realización de tales principios implica una enorme transformación social. Y ello nos interesa tanto más cuanto que en pocos casos tienen aquellos un campo de aplicación más evidente que en nuestra propia patria, Euzkadí.

El reciente mensaje papal insiste sobre el lugar que deben ocupar las naciones en la comunidad humana internacional. Todo atentado a tal comunidad, que dificulte o imposibilite las funciones naturales que incumben a ésta, constituye una desviación nacionalista.

La inhibición, la negativa a cooperar con otros pueblos, tienen una forma extrema en el nacionalismo imperialista. En éste, la ambición y el orgullo nacionales, las teorías de la superioridad nacional, racial

y cultural, concurren a orientar a un pueblo hacia otros, pero no para unirse fraternalmente a ellos, sino para sojuzgarlos, explotarlos o exterminarlos. El imperialismo es la forma última y más inhumana del separatismo.

Como ha explicado Juan XXIII, la auténtica comunidad humana es INTERNACIONAL, se integra de naciones asociadas, libres e iguales. Los valores humanos en general cobran su pleno sentido y realidad en tal género de comunidad. Lo cual exige, por definición y como condición previa, el abandono sin equívocos, en la teoría y en la práctica, del nacionalismo colonialista, el reconocimiento de los derechos y valores propios de cada pueblo. Nuestros "Principios fundamentales de S.T.V." dicen así:

"La renuncia total y sin equívocos a la opresión nacional es supuestos de la alianza INTERNACIONAL de las clases laboriosas. Quien combate el "nacionalismo" liberador de la nación oprimida apoya necesariamente el nacionalismo explotador y retrógrado de la nación opresora".

Formular estos principios, aplicarlos a los nazis, a los judíos, a China o al Congo, es necesario. Pero todo sería escapismo puro si no lo aplicáramos antes que nada a nuestro propio país.

En efecto, Euzkadi se encuentra sometido a la dominación nacionalista. La política económica, demográfica, la organización de clase, la discriminación racial, lingüística y cultural, la explotación de los trabajadores vascos, impiden el desarrollo y hasta la simple supervivencia de la civilización vasca y, por tanto, toda aportación realmente original, libre, peculiar, del genio vasco a la sociedad y cultura universales. El nacionalismo hispano-francés, "enemigo del separatismo" separa finalmente el mismo cuerpo nacional de un pueblo de dos millones de personas por una frontera que no tiene otra razón de ser que la arbitrariedad colonialista,

Pero faltaríamos a la verdad y a la justicia si ocultáramos que la Iglesia es hoy parte integrante y aliada del nacionalismo, y colabora de mil maneras en la política que acabamos de describir. La presencia de fuerzas progresivas en el mismo seno de la Iglesia -en Euzkadi la gran mayoría de la población- no destruye esta realidad. El trato que aquéllas reciben la confirma. Ejemplo notable de ello es la suerte del clero vascos, desde hace treinta años fusilado, exilado, desterrado, sometido a vetos y discriminaciones en todos los campos de su ministerio. La jerarquía, que en ello colabora reserva sus favores para el clero racista-colonialista que presenta al pueblo la imagen lamentable de una Iglesia uncida al carro del fascismo imperialista.

Las enseñanzas papales, las recientes encíclicas, han abierto al país un nuevo horizonte, una nueva esperanza. Sólo hay un modo de que ésta no se vea defraudada: la aplicación real de los principios, sin la cual estos no serían sino un nuevo disfraz colonialista. Acabar en nuestro país como en todos con el nacionalismo, el racismo, el separatismo es una tarea que no admite demora. La corrección de los errores pasados y presentes, la reparación en lo posible del mal causado, son el único camino que existe para ello.

"Solamente así podrán realizarse los admirables deseos de los últimos pontífices, en pro de cuya satisfacción no ahorraremos, por nuestra parte, esfuerzo alguno: la más estrecha fraternidad de TODOS los hombres en una auténtica comunidad internacional. Los trabajadores y el pueblo vascos incluidos".